

maño de una nuez. Además de este traje singular, cuando viajan, viviendo siempre de limosna, llevan siempre consigo una placa redonda de bronce y un gran caracol llamado *sangou*, para hacer ruido y avisar su proximidad; y mientras que con una varita tocan sobre la plancha de bronce, con la otra mano sostienen el *sangou* en la boca, que soplando en él produce sonos monotonos y chillones.

Los religiosos mendicantes de esta secta, que viven siempre de limosna, no dejan nunca esos instrumentos, y llevan además sobre el pecho una especie de medalla de cobre, sobre la que está grabada la imagen del mono Anoumanta, ó alguna de las avatares de Vischnou. Otros hay que adornan sus espaldas y sus piernas con campanillas, cuyo repiqueteo anuncia de lejos su llegada; y otros, en fin, que añaden á esto un triángulo de hierro que llevan á la espalda, de cuyos extremos pende un pequeño recipiente del mismo metal, destinado á contener el fuego que ha de hacer arder el incienso de los sacrificios.

Los religiosos de esta secta tienen un derecho absoluto para pedir limosna, como acabo de decir, frecuentando con preferencia los lugares sagrados de peregrinaje, en donde han tenido lugar la mayor parte de los acontecimientos maravillosos de su mitología.

En las épocas más á propósito para sus paseos devotos, se los ve en grandes grupos, recorriendo los pueblos que se hallan á su paso, y teniendo cada habitante que alojar cierto número de ellos para ahorrarles los gastos del viaje. Sólo en estos casos se reúnen en grandes grupos; sin embargo,

nunca salen al campo sin ir muchos juntos. Tienen la costumbre de pedir la limosna con audacia é insolencia, y á veces hasta con amenazas; y cuando tardan en dársela, redoblan la algazara, hiriendo todos juntos sus placas de bronce y arrojando al *sangou* sonidos atronadores.

Si no son suficientes estos medios, entran á la fuerza en el interior de las casas, rompen los pucheros de barro, derribando cuantos objetos encuentran á mano.

Generalmente estos religiosos cantan y bailan á un mismo tiempo, y sus poemas son una especie de himnos en honor de los malos genios, y otras veces canciones obscenas, que cuanto más indecentes son, tienen mayor atractivo para sus auditorios acostumbrados.

La intemperancia de estas gentes, y en general la de todos los vischnou-baktas en Ceylan, les atrae el desprecio de los otros indios. En efecto, hacen ostentacion de no contenerse ni en la comida ni en la bebida, por espíritu de oposicion á los lingamistas sus adversarios, cuya extrema sobriedad iguala al ménos, si no la sobrepaja, á la de los brahmas.

Estos sectarios comen ostensiblemente de toda clase de carne, beben sin escrúpulo y sin temor el arack, el jugo de la palmera llamado callou, y todos los otros licores y drogas que se pueden procurar en el país, y entre ellos es en donde se ven esas abominables saturnales conocidas con el nombre de sakty-poudja, que he descrito en la primera parte de mi *Viaje al país de las Perlas*, en la península de Jaffnapatnam.

Los objetos que más veneran son el mono, el



árbol assouatam, la yerba darba, el ave de rapina llamada garoudah, y la serpiente cappel.

Una tercera parte solamente del pueblo de Palambatta está habitada por los sectarios de Siva ó siva-baktas, formando éstos la mayoría á lo largo de la costa del Este en Ceylan y en la Gran Tierra, en las dilatadas montañas que separan el país malabar del país de Coromandel.

Estos se abstienen, lo mismo que los brahmas, de todo alimento animal, de todo lo que tiene un principio de vida, como los huevos, y hasta algunas producciones de la tierra. En lugar de quemar sus muertos, como lo hacen la mayor parte de los indios, los entierran. No admiten tampoco los principios reconocidos generalmente por las otras castas respecto á la mancha que imprimen los funerales y el contacto de una mujer que no se ha purificado aún de su alumbramiento, ó que se encuentra en el período menstrual.

Tienen tambien otra infinidad de costumbres que se separan de las reglas comunmente admitidas en aquel proverbio indio tan conocido:

«Los sectarios de Siva no necesitan agua.»

A lo que responden éstos:

«Las abluciones no son buenas más que para los impuros.»

Pero lo que me ha parecido más extraordinario en los principios profesados por los sivaistas de Ceylan, pues se separan completamente de las creencias brahamánicas de la India, es que no reconocen el artículo fundamental de esta religion, que es el *marou-djemma* ó *metempsychosis*.

Como consecuencia de su doctrina particular sobre este punto, no tienen los tyttys ó sraddha

funerales instituidos para celebrar la memoria de los muertos y aplicarles los méritos de las plegarias y de los sacrificios ofrecidos por los vivos. En cuanto se entierra en Ceylan á un sivaista, se le olvida.

Existe entre ellos una subdivision de secta conocida con el nombre de vira-seiva, que no debo olvidar; precisamente un miembro de esta secta ha sido el motor de la fiesta del pahvadam, á la que vamos á asistir.

Esta tribu rechaza la distincion de castas, sosteniendo que el Lingam vuelve á los hombres iguales; hasta un pária que abraza este culto no es á sus ojos inferior á un brahma.

En donde está el Lingam, añaden, está tambien el cuerpo de la divinidad sin distincion de rango ni de persona, y la humilde choza de un rhodia que esté señalada con el signo sagrado es muy superior al palacio más suntuoso.

Se concibe que con estos principios, tan opuestos á los de los otros indios, y sobre todo á los de los brahmas, se hayan hecho odiosos los lingamistas á estos últimos, que no pueden sufrir la vista de los djangoumas ó jefes de las castas de los sectarios.

Tambien es verdad que los sivaistas de Ceylan no se aventurarian sin peligro en los pueblos de la India habitados por los brahmas. Como los vischnou-baktas, los siva-baktas tienen tambien cierto número de órdenes de religiosos mendicantes designados con los nombres de pandarons, voderous y djangoumas.

La mayor parte de estos penitentes no tienen más recurso para subsistir que la limosna que van



á pedir por grupos. Sin embargo, algunos viven retirados en las *mattas* ó especies de conventos, que poseen cierto número de tierras, que junto á las ofrendas de los devotos, les basta para su subsistencia.

Los *gourous* ó sacerdotes de Siva, conocidos con el nombre de *djangoumas*, hacen voto de castidad; pero no es más que un voto de pura fórmula atemperado por las costumbres más singulares. Cuando un *gourou* hace la visita de su distrito, se hospeda en casa de uno de los adeptos de la secta, honor que se disputan todos. Y en cuanto ha elegido casa, el amo de ella y los demás hombres que la habitan tienen que ir á alojarse á otra parte. El santo personaje permanece solo día y noche con las mujeres de la casa, que conserva á su lado para que le sirvan, sin que esto excite los celos de sus maridos. Sin embargo, los *maldicientes* aseguran que los *djangoumas* siempre eligen las casas donde están las mujeres más jóvenes y bonitas.

Los trajes de los sivaistas y de los vischnouvistas son casi iguales, y el *cavy* ó color amarillo es el color obligado, no solamente de estas gentes, sino de todos los sacerdotes indios, de los *moullah* musulmanes y de los sacerdotes budhistas en todo el extremo Oriente, pues es un signo de santidad.

Además del *Lingam*, los sivaistas poseen muchos signos particulares por los que se les reconoce fácilmente, como son los rosarios de granos llamados *roudrachas*, del tamaño, forma y color de la nuez moscada, que llevan al cuello, y las cenizas de boñiga de vaca, con que se embaduran la frente, los brazos y el pecho.

Fuera del *Lingam*, el objeto que más veneran es el toro. Aunque los hijos abrazan generalmente el culto de sus padres, su nacimiento solo no les basta para ser sivaistas, pues no son admitidos en la religion de sus padres hasta los doce años, y despues de haber sido iniciados por el *gourou*.

Esta ceremonia se llama *dikcha*, y consiste en pronunciar sobre el neófito muchos *mentrams* ó plegarias adaptadas á las circunstancias, y en darle en voz baja algunas instrucciones secretas en un lenguaje que con frecuencia no comprende el que preside la ceremonia.

Despues del *dikcha*, el nuevo adepto adquiere un derecho perpetuo á todos los privilegios de la secta á que ha sido incorporado. Personas de todas castas pueden ser admitidas en la secta de Siva y usar las señales distintivas de su iniciación. Ni los pariahs ni los *chakilys* ó *savetors* están excluidos de este favor, igualmente que los vischnouvistas.

Estas costumbres de Ceylan se miran en el Indostan con horror; así es que los indios tienen la costumbre de designar á los malabares que han emigrado á aquella isla con el nombre de *tchandalas*, ó gentes de castas mezcladas.

La iniciación de los nuevos adeptos en la secta de Siva es en general bastante rara entre estos *cyngaleses* de origen malabar, pues tienen que renunciar al uso de la carne y de los licores fuertes; y como las gentes de baja condición abusan mucho de la bebida, son pocos los que entran en esta tribu.

Por el contrario, los vischnouvistas tienen cada día numerosos adeptos, pues permiten el uso y



abuso de todas estas cosas. Y no es raro ver pasar individuos de una secta á otra segun lo exijan sus intereses ó un mero capricho.

Una y otra secta admiten sin dificultad á los tráfugas, y tienen unas *especies* de misioneros que recorren el país para hacer prosélitos, llevando consigo plegarias cuyas virtudes maravillosas devuelven el oído á los sordos, la vista á los ciegos, etc.

Y no vayais á poner esto en duda, querido lector, pues os atraeria una maldicion terrible que os transformaria en serpiente ó fiera salvaje.

Todos los indios, no solamente de Ceylan, sino desde el cabo Comorin al Himalaya, creen ciegamente que los *mentrams* tienen poder para hacer estas curas maravillosas.

Estos *misioneros* llevan constantemente consigo una buena provision de agua del Ganges, ó que dan como tal.

El agua del Ganges no tiene igual en el mundo, miéntras que las aguas que se ven por otras partes no hacen generalmente efecto ante los incrédulos, y éstas tienen la propiedad de convertir á los pecadores más endurecidos.

Sucede algunas veces que el marido pertenece á la secta de Vischnou y lleva el Nahmam, miéntras que la mujer pertenece á la de Siva y lleva el Lingam, y á pesar de esta divergencia de opiniones religiosas, el matrimonio vive en paz, practicando cada uno su religion y adorando cada uno al dios que ha elegido.

Esta es la diferencia más extraordinaria que existe entre los sectarios del brahmanismo en Ceylan y en la India.

En la India nadie puede casarse con una mujer que no sea de su casta y de su religion.

Sea lo que sea, todas las castas procuran ensalzar al dios á quien rinden culto y rebajar á los demas.

Los vischnouvistas pretenden que á los cuidados de su dios se debe la conservacion de cuanto existe, y que Siva tiene de él su poder, puesto que le ha salvado en muchas circunstancias, y que sin él no hubiera podido evitar una pérdida segura.

Los sivaistas, al contrario, sostienen que Vischnou no es nada, y que no ha hecho más que bajezas capaces de envilecerle y hacerle odioso, apoyándose en una infinidad de historias en que hacen jugar al dios un papel ridículo y obsceno, concluyendo por afirmar que sólo Siva merece las adoraciones de los hombres.

Estas discusiones, que tienen su origen en el interes, pues cada secta lo que desea es tener más adeptos para tener más ofrendas en el templo, acaban por combates singulares entre los sacerdotes de las pagodas rivales, que invocan el auxilio de sus respectivos dioses, probando su poder por la fuerza de sus puños.

Las numerosas bandas de religiosos mendicantes son las que con más facilidad provocan esos altercados, viéndose con frecuencia á esos fanáticos formar grandes grupos para sostener la preeminencia de su culto, y llenarse de injurias brutales, vomitando igualmente un torrente de imprecaciones contra los dioses adversos, acabando por venir á las manos.

Generalmente el campo de batalla no se ve cu-



bierto de sangre, pues se reduce la pelea á puñetazos dados y recibidos, á turbantes por tierra y á vestidos desgarrados. Cuando los combatientes se separan, sus respectivos devotos se apresuran á vendar sus heridas y reemplazar las telas desgarradas por otras nuevas.

Volvamos al *pahvadam*.

«Esta ceremonia—dice Dubois—no tiene lugar más que en casos graves, cuando se trata de obtener reparacion de una injuria hecha á un miembro de la secta, y que recaería sobre todos. Este sacrificio expiatorio consiste en inmolarse una víctima humana y en resucitarla en seguida.

Cuando se sabe que alguno ha dado motivo al *pahvadam*, los vischnouvistas se reúnen en gran número alrededor de la casa del culpable, provisto cada uno de su placa de bronce y de su *sangou*. Empiezan por atar á un árbol al que motiva aquella agrupación de gentes, levantan á corta distancia una pequeña tienda que rodean al momento los sectarios; los jefes escogen en seguida un vischnouvista que consienta en ser inmolado, y le muestran á la multitud de curiosos que han ido para ser testigos de aquel espectáculo.

Después de hacerle en el brazo una ligera incisión por la que corra la sangre, la víctima parece irse debilitando por momentos, cae á tierra y permanece allí sin movimiento; después transportan al pretendido muerto á la tienda que acaban de levantar, y á cuyo alrededor se colocan los vischnouvistas para tener cuidado de que no se aproxime ninguna persona extraña á su secta; otros rodean la casa del culpable, lanzando todos juntos gritos y aullidos espantosos, que junto al ruido

que producen las placas de bronce y á los roncós sonidos de los *sangous* (trompa brahmánica), producían un ruido infernal, que era imposible resistir.

Aquel espantoso alboroto continúa hasta que la persona de que es objeto ha pagado la multa que le han echado, y generalmente excede en mucho á sus facultades.

Sin embargo, los habitantes del pueblo y los de las cercanías, no pudiendo sufrir aquello, entran en negociaciones con los jefes de aquellos frenéticos, pagándoles una parte de lo que exigían del culpable, suplicándoles terminen pronto la ceremonia del *pahvadam* y se retiren á sus casas. Cuando están ya satisfechos, los jefes se marchan á la tienda y resucitan al fingido muerto. Para operar ese milagro se hace una incisión en el muslo á uno de ellos, la sangre que brota se recoge en un vaso, y con ella se rocía el cuerpo de la víctima, y por la virtud de esa simple aspersion, el muerto fingido resucita de repente y se queda tan fresco. Entónces se lo enseñan á los espectadores, que aparentan estar bien convencidos de la realidad de aquella maravillosa resurrección.

Después de la ceremonia, y para consumar la expiación del crimen ó del insulto que la ha ocasionado, se da una gran comida con el producto de la multa, y se separan después que todo ha concluido.»

De este modo, según el ilustre viajero que acabo de citar, se verifica la ceremonia del *pahvadam* en el Sud del Indostan. En Ceylan hay una pequeña variante, que no es muy del gusto del



que ha cometido el crimen que se quiere castigar.

Miéntras que el compadre se hace el muerto, se enciende un gran fuego á cierta distancia alrededor del árbol donde está atado el culpable, y á cada momento sale un brahma del grupo de los músicos, y acerca al paciente los tizones encendidos.

Esta ingeniosa precaucion tiene por objeto apresurar el pago de la multa, que los monjes mendicantes gastan la misma noche en orgías.

Despues del desayuno, los vischnou-baktas nos obsequiaron con sus piadosos ejercicios, pues estos charlatanes siempre se escudan con la idea religiosa.

Voy á referir el hecho que motivó aquella expiacion. Un jóven llamado Salvanayen-Modeliar, de la casta vellaja, que es una de las más nobles de la India, se disfrazó un dia ocultamente con el traje amarillo de los djangoumas ó jefes de los sacerdotes mendicantes, y despues de cubrirse de polvo, con su baston y su jarro de agua del Ganges, se marchó á una pequeña aldea en la otra vertiente de la montaña, para representar el papel de peregrino de vuelta del Ganges, y despues de haber distribuido gran número de amuletos y dado á cada uno algunas gotas del agua milagrosa, se fué por la noche á casa de un jóven brahma recientemente casado con una mujer hermosísima, para ejercer su *derecho de hospitalidad*. Segun la costumbre, el marido salió inmediatamente de la casa, dando gracias al cielo de la buena fortuna que enviaba y del honor que recaia sobre toda su familia con la presencia en su casa de tan santo personaje.

El muy pícaro hizo muy bien su papel, y usó de todas las prerogativas que le concedia su posicion.

A la mañana siguiente, cuando se disponia á marcharse, á pesar de las súplicas del marido que le rogaba prolongase más tiempo su permanencia, se descubrió el fraude por una tropa de verdaderos djangoumas que llegó en aquel momento. El marido se enfureció por haber cedido su casa y su mujer á un falso peregrino, y los djangoumas porque un intruso habia osado usurpar su traje y abusado de sus privilegios.

Se apoderaron inmediatamente del jóven y se lo llevaron á Palambatta, seguido de todos los habitantes de la aldea que habia sido el teatro de su hazaña.

Pero como Salvanayen-Modeliar pertenecia á una de las familias más ricas del país, en cuanto el que tenia que fingirse muerto se tendió en el suelo y brotó la primera llama de la hoguera improvisada, pagaron inmediatamente la multa que habian impuesto al culpable, y el paciente se vió libre; pero si la ceremonia no pudo ser muy completa por aquel lado, el padre del falso djangoumas se encargó de completarla con un episodio, cual fué el de coger un junquillo y pegarle en los piés con tal rabia, que la sangre brotó por todas partes.

Por más doloroso que fuese para nosotros aquel espectáculo, nos guardamos bien de intervenir en él, pues una palabra de nuestra parte no hubiera hecho más que aumentar la duracion y el rigor del suplicio.

La autoridad del padre de familia es tan respetada en la India, que aunque este último hubiese



roto los piés y los brazos de su hijo, ninguno de los espectadores hubiera pronunciado una palabra, y hasta el paciente hubiera encontrado mal que un extranjero se mezclase á sus negocios de familia.

Después de la satisfacción que tenían que dar á los djangoumas por haberles usurpado su *derecho de perñada*, tenían que reparar también el perjuicio material causado al brahma y á su mujer. Se reunió el tribunal de la casta, compuesto de todos los ancianos, y después de haber oído la deposición de los dos esposos, condenó á Salvayen á pagarles en el acto la suma de mil rupias, y su padre satisfizo la deuda inmediatamente.

Mientras que se procedía al juicio de aquel singular negocio, bajo un tamarindo plantado en medio de la plaza de la aldea, yo miraba con curiosidad á la mujer del brahma, á quien habían obligado, para apreciar mejor sin duda la ofensa, á contar minuciosamente cuanto había pasado en aquella famosa noche que el falso peregrino había estado con ella, y me pareció por sus respuestas que no le guardaba rencor alguno, pues cada vez que se veía obligada á mirar al pobre diablo, que gemía en un rincón, su mirada expresaba tierna compasión y no cólera. Sin duda la encantadora criatura apreciaba en secreto la juventud y belleza del vellajo, pues las tres cuartas partes de estos djangoumas que recorren las campiñas son viejos, sucios, y algunos están atacados de elefantiasis.

A eso de las tres, cuando ya el sol empezaba á disminuir de intensidad, montamos en nuestros

caballos, y guiados por Ramassamy, penetramos en las gargantas de Kaltna.

Al cabo de una hora tuvimos que apearnos, pues el bosque, cada vez más espeso, con sus bambúes y sus gigantescos multiplians, era sólo accesible para gente de á pié.

No habíamos dado cincuenta pasos, cuando una frescura deliciosa, embalsamada por la canela y zarzaparrilla silvestre que se enlazaba sobre nuestras cabezas, reemplazó las cálidas exhalaciones de la llanura. Ni un rayo de sol penetraba por aquella bóveda de follaje que se extendía sobre nuestras cabezas, y la tenue luz que atravesaba por entre las ramas, coloreándose con diferentes matices, daba á todos los objetos los más singulares aspectos. Algunas veces, en medio de la espesura se veía un agujero sombrío, pero regular, que separaba el follaje. Eran, sin duda, las señales del paso de una pantera ó un jaguar, que no tendría tal vez lejos su guarida.

Seguíamos subiendo insensiblemente una pendiente suave pero constante, y guarbábamos silencio, contemplando la grandiosa naturaleza que nos rodeaba.

Todo un mundo extraordinario bullía sobre nosotros; grandes monos negros de collares blancos, suspendidos á los bejucos y á las ramas, nos miraban pasar con asombro, mientras que pájaros de todos matices á quienes despertábamos de su siesta bajo las hojas en que estaban abrigados contra el calor, huían espantados lanzando gritos agudos. Las ratas palmistas, especie de ardillas grises, saltaban alegremente, persiguiéndose de árbol en árbol, chocando algunas veces en su rá-



pida carrera con esas grandes mariposas de los bosques, de colores brillantes, que se posan sobre los troncos de los canelos para respirar su perfume, y que parecen flores.

De cuándo en cuándo, un cobra-capel ó un trigonocéfalo aparecía de repente ante nosotros; pero su aparición duraba un instante, internándose en seguida en la espesura.

Llegados á cierta altura, la luz parecía revestirse poco á poco de tintes menos sombríos, y no tardaron en penetrar algunos rayos de sol á través del espeso follaje.

Mi compañero se paró.

—Preparad vuestra arma, —me dijo;—no estamos más que á doscientos metros del pequeño lago en donde las garzas reales rosadas se reúnen generalmente, y no tenemos más que disparar nuestras carabinas.

Ramassamy, obedeciendo una orden de su amo, se deslizó sobre el musgo para avisarnos la presencia de la codiciada caza.

Al llegar á la cima de la vertiente, no pude retenir un grito de admiración, que reprimí al momento á una señal de mi amigo. El espectáculo que se descubría á nuestras miradas era de una magnificencia capaz de desafiar los sueños de la imaginación y los recursos de la paleta del más hábil pintor.

Detras de nosotros el bosque, lleno de misteriosos atractivos, descendía con sus cascadas de flores y variados follajes á lo largo de la montaña; enfrente, sobre un pequeño rellano, un lago de un cuarto de milla de extensión, que distinguíamos á través del follaje de los pendanus y de las

palmeras enanas que crecían á sus orillas, se apoyaba por un lado sobre la vertiente más elevada que acabábamos de recorrer, y por otro, en el extremo de una garganta estrecha, vertía sus aguas en un valle, que despues se cambiaban en lluvia torrencial, saltando con estrépito y acabando por formar á setecientos ú ochocientos metros de profundidad un riachuelo tranquilo que serpenteaba á lo léjos como una cinta de plata. Y todo esto animado por ese sol del Ecuador que extiende sobre todo lo que toca un incomparable manto de oro y de luz.

Nosotros acabábamos de llegar á un extremo de la cascada, y abrigados por espesos arbustos, empezamos á dar vuelta por la derecha al lago, para llegar á un tiro de fusil de las magníficas garzas reales, que descansaban en la orilla descuidadamente.

Apénas habíamos hecho la tercera parte del camino, cuando un rugido ronco y prolongado salió del fondo del valle que recibía las aguas del lago. Nos paramos instintivamente, interrogándonos silenciosamente con nuestras miradas.

—Es el grito del elefante salvaje, —dijo Ramassamy en voz baja.

Y en el mismo instante sonó el concierto más extraño que pienso oír en mi vida.

—Deben ser muchos, —continuó el indio, —y el encuentro de algun jaguar debe haberlos puesto en conmoción.

Ya no habia que pensar en nuestra caza, pues las garzas empezaron á agitarse, y no tardaron en echar á volar y desaparecer detras de la vertiente superior de la montaña.



Los gritos continuaban, llegando á nosotros repetidos por los ecos de los valles.

—No tendremos que apesadumbrarnos por nuestra interrumpida caza, pues si no me engaño, vamos á disfrutar, sin correr riesgo alguno, de un espectáculo muy imponente. Los elefantes deben ser muchos, y el motivo que excita su cólera cosa sería.

—¿Creeis que podremos aproximarnos á ellos sin ser descubiertos?—respondí yo.

—Disfrutaremos del espectáculo desde lo alto de esas rocas escarpadas sobre las que se precipitan las aguas del lago, y aunque llegaran á vernos, no tendríamos nada que temer en aquella inexpugnable fortaleza. ¿No es verdad, Ramassamy?

—Sí, saeb,—dijo sencillamente el indio;—pero es preciso que nos demos prisa, pues el sol baja rápidamente en el horizonte.

Como no teníamos ya por qué ocultarnos, salimos del espesor del bosque, y llegados cerca de la cascada, nos deslizamos casi arrastrándonos sobre un enorme pico de granito, cuya masa, suspendida sobre el abismo, formaba por donde estábamos una barrera natural que servía de dique al primer salto de la cascada.

Apénas mi cabeza sobresalió sobre la extremidad de la roca, sentí un desvanecimiento que me forzó á agarrarme á los arbustos que tenía más próximos y que rodeaban aquella especie de observatorio, y cerré los ojos para resistir al vértigo que me atraía hácia la espumante cascada. Las exclamaciones que lanzaba mi amigo, que estaba á mi lado, eran tales, que, venciendo la curiosi-

dad á la emocion que se habia apoderado de mí, fijé mis miradas con avidez en el valle, y un estremecimiento de admiracion y de horror recorrió todo mi cuerpo. A los piés de aquella serie de cascadas casi perpendiculares, encajonadas entre dos vertientes defectuosas de seiscientos á setecientos metros, dos elefantes negros combatian con furor; y aunque su tamaño estuviese considerablemente disminuido por la enorme distancia que nos separaba de ellos, podíamos, sin embargo, seguir en todos sus detalles aquella escena grandiosa, rodeada por uno de los paisajes más majestuosos que hay en el mundo.

—Sin duda es una hembra la que motiva todo ese ruido,—dijo mi amigo.

Los colosos saltaban sobre la yerba, con la trompa levantada, los colmillos aguzados, dándose golpes terribles que evitaban uno y otro con sorprendente habilidad, y mezclando sus gritos de rabia con el mugido de las olas. Los dos parecían de fuerza igual, y como acababa de empezar el combate, nadie podía prever el desenlace de aquella lucha gigantesca. Apénas habian pasado cinco minutos, cuando Ramassamy dijo á su amo:

—Saeb, ya no queda más que una media hora de día.

Al oír aquellas palabras, Mr. Duphot hizo un movimiento hácia atrás.

—¿Qué teneis?—le pregunté.

—Mi querido amigo,—me respondió con cierta inquietud,—no tenemos un momento que perder, pues estando estos sitios infestados de jaguares y panteras, correríamos graves peligros si tenemos que atravesar el bosque por la noche.



Demasiado comprendía la importancia de aquella observación para no apresurarme á seguir á mi compañero, y despues de echar una última mirada á los combatientes, nos dirigimos rápidamente hácia el pequeño sendero que habíamos ya recorrido para subir las pendientes escarpadas que conducian al lago.

Al cabo de algunos minutos entramos en el bosque. El sol, ya en su ocaso, lanzaba débiles rayos que apenas filtraban por el follaje para dirigir nuestra marcha, y los árboles tomaban apariencias fantásticas, oyéndose ya el grito de los inmundos chacales que salian de sus guaridas ántes de que fuese enteramente de noche.

No hay nada tan imponente como la soledad de los grandes bosques de los trópicos á la hora fugitiva del crepúsculo; los millares de pájaros que se han refugiado allí huyendo del calor abrasador del dia, salen á recorrer los campos de arroz, picoteando acá y allá, no siendo turbado el silencio más que por los mugidos de las fieras que se apresuraban á tomar posesion de sus dominios.

Felizmente, tardamos ménos tiempo en bajar que en subir, y ántes de que cerrase la noche galopábamos por el camino de Palambatta. Durante todo el dia no habíamos disparado un solo tiro, lo que es raro en la India.

Las tres semanas que habia dedicado á mis amigos se pasaron con vertiginosa rapidez. Cada dia hacíamos una nueva excursion, visitando sitios admirables, en compañía del elefante Nirjara, que continuaba siendo el niño mimado de la casa; y cuando sonó la hora fatal de la separacion, á pe-

sar de sus ruegos, tuve que preparar mi marcha, pues me era imposible diferir por más tiempo mi agradable permanencia al lado de mis amigos, pues mi ausencia duraba ya cuatro meses, y ansiaba volver al lado de mi familia, que habia dejado en Chandernagor.

La última noche que pasamos juntos fué muy triste; hubiera querido ahorrarme el disgusto de la despedida; ninguno nos acostamos, pues habia resuelto ponerme en marcha en medio de la noche para evitar los ardientes calores del dia y llegar por la mañana á Punta de Galles.

Rehusé el carruaje que me ofrecia Mr. Duphot, pues hubiera tenido que dejar atras mis criados con las provisiones y las municiones, y los tunantes se me habian echado á perder tanto con la vida de molicie que llevaron miéntras estuvimos en Kaltna, que queria tenerlos á la vista.

Cuando Amoudou vino á anunciarme que todo estaba listo, me arranqué de los brazos de mis amigos y me lancé sobre mi carreta, dando órden á Kandassamy de que arrease los bueyes.

—¿Cuándo nos volveremos á ver?—me gritó mi amigo.

—Tal vez en Francia,—le respondí.

—O tal vez jamás,—respondió su encantadora compañera.

Mis bueyes arrancaron á galope, impulsados por el vindicara, y aquellas palabras «ó tal vez jamás» resonaron por largo tiempo en mi corazon como el eco de un siniestro presentimiento.

Al presente, que me ocupo en ordenar mis notas de viajes, no puedo ménos de recordar con



dolor profundo aquellos dos amigos del valle de Kaltna.

Hace ocho años que fallecieron, víctimas de esas terribles fiebres de la isla Mauricio, que los coolis, al terminar sus compromisos, llevan á las plantaciones de Ceylan y de la costa malabar, y una misma tumba encierra sus despojos mortales.

A la salida del sol me encontraba ya en Wiwellé, pequeña aldea de la costa Oeste, edificada á la orilla del rio, en medio de los bosques de limoneros, bananos y palmeras. Una larga fila de indígenas de los dos sexos, llevando sobre su cabeza grandes canastos llenos de frutas, se dirigian del lado de Punta de Galles, miéntras que otros, en las orillas de los estanques y riachuelos, hacian sus abluciones religiosas.

El Océano indio, agitado ligeramente por una leve brisa, estrellaba sobre la costa sus olas tranquilas, con ese ruido melancólico tan querido de los marinos. A lo léjos se veian infinidad de pescadores, de pié sobre sus barquillas, cargadas de esas langostas violetas que no se pescan más que en las cercanías del cabo Comorin y en los arrecifes de Barbaryn, que volvian al puerto; la trompa de los *padials*, reuniendo á los elefantes y á los bueyes para conducirlos á los campos, lanzaba sonidos monotonos, y las tintas sombrías de la noche huian ante los primeros rayos del sol.

Miéntras que Kandassamy desengancha los animales para llevarlos á bañar, y Amoudou regatea con un macoua el precio de algunos pescados que deben componer mi carry, el momento me parece el más á propósito para hacer una pequeña explicacion.

Ya he dicho que no me gustan los preámbulos, pues ¿para qué sirven generalmente? Para dar ocupacion á los críticos que tienen la desgracia de no ser de la opinion de uno. Fuera de los hechos positivos y de los libros de pura ciencia, en donde el escritor tiene derecho para defenderse, me parece de mal gusto rebelarse contra los juicios de la prensa. De esto se desprende una opinion pública casi siempre desinteresada, que coloca al escritor en su verdadero lugar, y cuando éste no sabe hacérsele, es porque en general no lo ha merecido.

Y no cuento entre los juicios desinteresados el que los viajeros tienen la costumbre de cambiar entre sí, pues hay viajeros que desde su habitacion recorren el mundo en pos de los ingleses y de los americanos. Para ellos, el anglosajon, que es el más egoísta y ménos imparcial para todo aquello que se aparte de sus costumbres nacionales, es el único hombre digno de fe, porque escribe sólo lo que cree descubrir. A estos viajeros ficticios y anglomanos les aconsejaria leyesen las diferentes *excursions and travels* por Francia, que se publican todos los años en Lóndres y New-York, y entónces aprenderán á conocer su país bajo un nuevo aspecto.

Allí verán que la Francia es un país de prostitucion cosmopolita, en donde no existe la vida de familia, en donde las jóvenes van á ganar sus dotes á Mabilie, y en donde las *hermosuras fáciles* que se pasean por la noche en los boulevares, son la nata y flor de la aristocracia francesa.

Y para probar sus dichos citan nuestros roman-



ces obscenos, y nos tratan de «*brightness decay*», *podredumbre elegante*.

Pero cuando escriben sobre su país, es un concierto de alabanzas, y ninguno descorrerá el velo de esa monstruosa crápula que devora el seno de las grandes ciudades inglesas y norte-americanas; crápula vergonzosa é hipócrita, que empieza cuando el sol ya no alumbra, y que no podría hablarse de ella aunque se cubriese de flores.

¿Quereis saber un hecho que os dará una idea de lo que se oculta?

Hay en San Francisco, Estado de California, un establecimiento que se llama Bella-Union Theatre, en una de las calles más hermosas, Kerneystreet.

En efecto, es un teatro. Tomad un billete y entrad: vereis en primer lugar infinidad de bailarinas; despues de algunos bailables, aparece el *encanteur* (comisario), que toma el título de mercader de esclavos; al pronto cree uno que es un episodio de la funcion. Esperad; se adelanta una bailarina. «¡Cinco dollars!... ¡Diez!... ¡Veinte!», gritan desde la sala. Nadie dice una palabra más. «Adjudicada». Y la bailarina desaparece con el número de orden. ¿Dónde creéis que va? A aquel palco cubierto de espesas cortinas en donde está el gentleman á quien se le ha adjudicado. Y esta escena del slaves-market (mercado de esclavos) continúa hasta que se retira la última bailarina. No cito más que este hecho, pues no me atreveria á hablar de otros más innobles en este libro, que han de leer mis compatriotas, y que he presenciado durante los cuatro viajes que he hecho á América.

Así pues, viajeros de habitacion, continuad vuestra patriótica tarea, continuad en rebajar el espíritu frances en provecho del espíritu anglosajon.

Propagad todas las falsedades de nuestros vecinos; como es de moda, os escucharán; y en cambio no habrá quien se suscriba por veinticinco céntimos á las excursiones tan científicas é inteligentemente hechas de Soleillet, el intrépido viajero del Sahara.

Llamad á vuestras heroínas haouda, que significa en el Indostan especie de caja donde se colocan los viajeros cuando viajan sobre elefantes, ó nagali (como en *Los Misterios de la India*), que significa en tamoul *silla agujereada*; y de este modo hareis la educacion geográfica de la Francia, é inspirareis á vuestros hijos el gusto por los viajes. ¡Cómo se reirán de nosotros en el extranjero!

Vienen en seguida los viajeros de paquebots (diez y seis horas de parada en cada estacion), que juzgan todo por alto; luégo los viajeros verdaderos, que eligen su domicilio en el país que más les agrada, estudiándolo con placer, como Soleillet, Rousselet, Anquetil y otra infinidad. ¿Cómo quereis que éstos se avengan con los otros que viajan en los *almacenes* ingleses, y hacen la vuelta al mundo en el ómnibus de Paris á Auteuil, ó que, viajando realmente, no hacen más que seguir las estaciones de los vapores de Marsella á Yokohama y de Punta de Galles á Sidney? Unos y otros se irritan; el viajero juzga mal al viajero, y nosotros no podemos esperar que nos juzguen imparcialmente más que los críticos de la prensa.



Este manejo, lo confieso, no tiene más objeto por mi parte que llegar cautelosamente, no á protestar contra los críticos que han acogido mis primeros viajes (muy benévolamente por cierto), sino á hacer una pequeña observacion.

Al describir conforme á mis notas (tan completas que casi no hago más que copiar) esta espléndida playa de Wiwellé alumbrada por los rayos del sol, me he parado de repente en mi descripcion, porque ha venido á turbar mi trabajo el recuerdo de dos hombres de talento.

Al hablar de mis dos primeros viajes *al país de las bayaderas y al país de las perlas*, monsieur Foucaux, profesor de sanscrito en el colegio de Francia, dice: «El autor sabe interesarnos en sus narraciones y aventuras de viaje. En estas obras, llenas de interes palpitante, no se las puede reprochar más que un *color demasiado oriental*».

Mr. J. Assezat, en *Los Debates*, me ha reprochado igualmente el describir esa naturaleza de Oriente «con demasiado lirismo».

No puedo quejarme de una opinion expresada con tanta cortesía, y sólo deseo hacer observar que describo una naturaleza que amo con delirio, y que el clima, la vegetacion y el sol de aquellos admirables países del Asia imprimen en la imaginacion del que los ha visitado caracteres propios que nada puede borrar.

Voy, pues, á citar sobre ese punto á Mr. de Humboldt:

«La naturaleza ejerce en el clima de la India tan poderoso influjo, que despues de algunos meses de permanencia en el país, cree uno haber es-

tado allí una larga serie de años, pues allí todo parece siempre nuevo y maravilloso. En medio de los campos y en el espesor de los bosques se borran casi todos los recuerdos de Europa, pues la vegetacion, sobre todo, es la que determina el carácter del paisaje; *ella es la que obra sobre nuestra imaginacion por su masa, el contraste de sus formas y la brillantez de sus colores*. Cuanto más nuevas y fuertes son las impresiones, tanto más debilitan las impresiones anteriores, pues la fuerza les da la apariencia de la duracion. El sol no sólo ilumina los objetos, sino que los colorea, envolviéndolos en un vapor ligero que, sin alterar la transparencia del aire, convierte en armoniosos tintes los efectos de la luz, y esparce en la naturaleza la calma que se refleja en nuestra alma.»

La vista de la India arranca tambien al escéptico Jacquemont este grito, que no está exento de *lirismo*:

« ¡Qué nuevo encanto, qué éxtasis profundo no se experimenta cuando se llega por la primera vez á las costas de los trópicos! ¡Cuán profunda impresion deja para siempre en el alma de un hombre sensible á las bellezas de la naturaleza el primer cuadro que contempla del mundo equinoccial! »

Y estas exclamaciones de entusiasmo son tanto más de apreciar, cuanto que ya se sabe que Jacquemont no se entusiasma con facilidad.

Voy ahora, señores, para resarcir al lector de la corta descripcion que he hecho de Wiwellé, á copiar la que hace de una mañana en la India el señor de Waren, antiguo oficial frances del ejérci-